



—Mi marido es un ángel.

—El mío no, porque desgraciadamente aún vive.

Ayuntamiento de Madrid



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería. S. A. Apartado 603. Habana

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142

Los famosos
polvos insecticidas

LEYER y COMP.^A

Son infalibles para la destrucción
de toda clase de insectos

NUESTROS CONCURSOS

El del mes de junio

TERCERA SERIE DE SOLUCIONES RECIBIDAS

Aurora (Valencia).—La fotografía del esposo dedicada a una señorita.

Roberto Peláez (Cuba).—Una carta y un retrato de una señorita.

Uno de Larraberúa (Bilbao).—El sombrero de la señora.

Luis Cembrano (Madrid).—Una carta.

María Estadi Uriarte (Torrelavega).—Una carta.

Félix Longoria (Málaga).—Un estropajo.

Gustavo Florán (Tarragona).—Una carta dirigida a una señorita.

Asunción López Aguilera (Madrid).—El recibo de la casa.

Rafael Puerta Sánchez (Zaragoza).—El retrato de él con una señorita.

Juan de la Vega (Burgos).—Un plato roto.

Mario Angulo (Sevilla).—La fotografía de un elefante, que pone debajo: "Mi mujer".

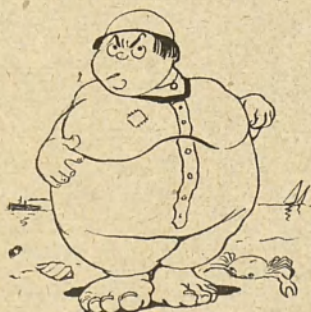
Jesús R. de Linares (San Sebastián).—La fotografía de una señorita, dedicada al esposo.

A. Martí Suárez (Madrid).—Un ratón.

Pepita Garrido (Madrid).—Una carta de una señorita.

Pablo Mora Sanz (Barcelona).—Una bomba.

Albertito Ruiz (Madrid).—Una carta.



La caricatura de ella, pintada por él.

Félix Plaza de la Puente (Córdoba).—Un zapato de mujer.

Angel S. Ojeda (Madrid).—Una cajita de bombones que no era para ella.

Julia Fontana (Madrid).—Un sobre azul.

José Soler (Madrid).—Una fotografía de Mussolini.

Gonzalo Castro (Santander).—La caricatura de ella.

Joaquín Peña (Madrid).—Una camisa de fuerza con un letrero que dice: "Para mi mujer".

Mariano Ferrer (Barcelona).—Una carta anónima diciéndole al marido que se divorcie.

Herminia Lázaro (Madrid).—Un guante de mujer.

Ramón Asensio (Cádiz).—La cuenta del sastre.

Ricardo Salvatierra (León).—Un loro que la ha llamado fea.

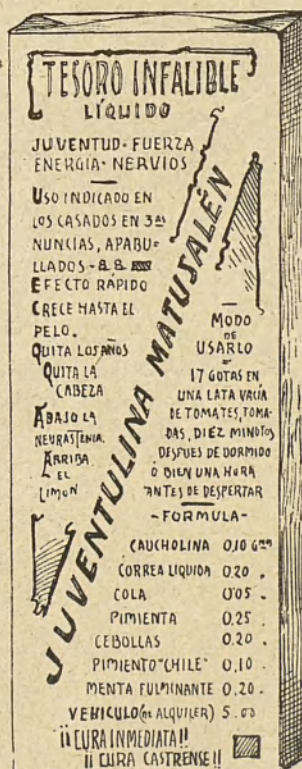
"Una de Burgos" (Burgos).—Un retrato de una señorita dedicado al marido.

Agustín Paniagua y Sáinz (Almería).—Una carta del esposo, que dice: "Me suicido porque no puedo vivir con la fiera de mi mujer."

J. S. R. (Barcelona).—Una carta del marido dirigida a una señorita.

María de los Angeles Dávila (San Sebastián).—Una carta que dice: "Querida Chichita: Decididamente me fugo contigo; estoy harto de mi mujer..."

José Luis Fernández de Sosa (San Sebastián).—La fotografía de la mecánografa de la oficina.



Un específico para ella.



a mi inolvidable
"Chelito" en el día de
mi segunda comunión
tu *Guerrino*

Un retrato del esposo, dedicado a "Chelito".

Soluciones de Manuel A. Moyano.—Sevilla.

Ayuntamiento de Madrid

VARON DANDY

*ESTA MAÑANA
al levantarse
qué ha hecho Vd.?*



*Si no ha limpiado sus
dientes con
**Pasta Dentífrica
"Varón Dandy"***
(única preparada para fumadores
contra la nicotina)

*ni se ha afeitado Vd.
con
**Crema de Afeitar
"Varón Dandy"***
(la más rápida, la más cómoda, la más
higiénica)

*puede Vd. decir que
ha perdido el tiempo.
¡Palabra!*



VARON DANDY

VEGUILLAS

Veguillas. Alhajas de ocasión.
Veguillas. Máquinas fotográficas.
Veguillas. Máquinas de escribir.
Veguillas. Pianos y autopianos.
Veguillas. Artículos de viaje.
Veguillas. Objetos para regalos.
Veguillas. Verdaderas gangas.
Veguillas. Leganitos.
Veguillas. Infantas, 26

Teléfono 16x2



El padre.—Juega con esos otros muchachos y no hagas tonterías mientras estoy en el baño, y cuando vuelva te daré diez céntimos.

El niño.—Y si no vuelves, ¿me pagará mamá los diez céntimos?...

(De Candide.)

CUPON
correspondiente al núm. 451 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

CANAS



Invento Maravilloso
para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera.
Cuidado con las imitaciones.
De venta en todas partes.

**LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA**

CASA RAMOS

PELUQUERÍA DE SEÑORAS
La Casa predilecta del público elegante. Bisnoses. Artículos de perfumería.
HUERTAS, 7. — MADRID
Sucursal en VALLADOLID
Calle Duque de la Victoria.
Sucursal en MADRID
Plaza del Rey, 5.—1: 10839

Cayetano Viú Acín

GARAGE VICTORIA

Albarto Aguilera, 62.

Teléfono 30835

LA SEÑORITA GORDA



RECONOZCAMOS ya que la señorita gorda tiende a desaparecer con la misma unanimidad con que desapareció, sin dejar rastro, el perro de aguas. Es curioso el enorme poder de las modas, que modifican y alteran no sólo el traje y lo accesorio, sino también la constitución misma de la persona humana; si un día la moda impusiera la desaparición del corazón, no en un sentido literario y romántico, sino en un sentido clínico y extirpativo, acabaríamos funcionando perfectamente sin ese importante—al parecer y mientras no se demuestre lo contrario—órgano.

La moda, que nos trajo el pollo pera, nos ha traído también, en denominaciones, fruterías, la señorita espárrago. Hay señoritas de éstas que con la mayor tranquilidad prescinden por completo del paquete intestinal y a las que les tiene sin cuidado el duodeno, el intestino grueso y el colon; señoritas que podrían llamarse cóncavas... Señoritas a las que les basta ingerir dos merengues para experimentar una seria alteración en su volumen, pudiéndose seguir, tranquilamente, a ojo, la trayectoria de los merengues a través del cuerpo por el bulto que forman.

De esta unanimidad en la desaparición de curvas y volúmenes surge la tragedia de las supervivientes involuntarias, de las señoritas gordas, de las que no están a la moda, de las que no han podido adelgazar...

Yo conozco una de estas señoritas. Realmente, no es ningún fenómeno de obesidad. Pesará noventa kilos; pero tiene veintidós años y no es fea. De ahí su desgracia. Si la señorita gorda tuviera cincuenta años y fuera de una franca fealdad, aquellos no-

venta kilos no le molestarían más que para subir al tranvía.

Pero esos noventa kilos lo único que consiguen es hacer de la señorita gorda un ser grasiento, malhumorado y de una esbeltez y elegancia muy relativas. La señorita gorda no tiene novio...

El sueño de la señorita gorda es, claro, adelgazar. Por adelgazar veinte kilos la señorita gorda sería capaz de hacer cosas muy serias. También toda su familia tiene la misma aspiración, y así, su padre, su madre y sus siete hermanos tienen empeñado su amor propio en que se estilice en algo la silueta de la hermana gorda, y siguen con enorme interés las evoluciones estéticas de su figu-

ra. Asimismo todas sus distinguidas relaciones, evidentemente preocupadas, han dado ya su opinión.

Una amiga dijo un día:

—Toma las píldoras Arabescas, y ya me dirás...

La señorita gorda tomó las píldoras Arabescas y se quedó toda amarilla. Parecía un enorme montón de limones. Hubo que renunciar a las píldoritas. Por entonces engordó dos kilos.

Otro día alguien dijo:

—¿Ha tomado el Agua de Israel? Pero, hija mía, ¿en qué está usted pensando?

La señorita gorda tomó el Agua de Israel, pero a los quince días se le empezó a caer el pelo en forma tal, que si no cesa de tomarla su cabeza hubiera quedado totalmente pelada. En aquella prueba adelgazó diez gramos; pero una amiga caritativa aseguró que aquel peso correspondía al del pelo perdido.

En otra ocasión se habló de yodo. La señorita gorda tomó yodo. Pero aquí la cosa fue peor, porque adquirió una enfermedad de estómago que por poco acaba con ella. Claro es que, a pesar de estar a las puertas de la muerte, no adelgazó. Cuando el médico vino, tiró a lo alto perlas, aguas, yodos.

—¡Ejercicio!—gritó—. ¡Mucho ejercicio! Nada de drogas. Juegue al tennis, baile, pasee, no duerma la siesta, no se siente...

Otro médico recomendó un plan especial de comidas. La señorita gorda lleva dentro de sí un terrible enemigo que se llama Apetito. Pero está dispuesta a vencer. Ahora ha combinado los dos sistemas. El del ejercicio y el de la alimentación especial. Se garantiza el resultado...

Pero el tennis ha habido que dejarlo. Se reían mucho los demás jugadores. Y, además,



Dib. SILANO.—Madrid.

nadie quería jugar con ella; en primer lugar porque siempre perdía, y después porque encerrarse en un reducido cuadrado de terreno con aquellos noventa kilos que corrían y saltaban era algo altamente peligroso. Asimismo ha habido que abandonar el baile porque la pobre chica no tenía nunca pareja y tenía que bailar su padre con ella. El resultado fué que el que adelgazó hasta lo cadavérico fué el padre infeliz.

La señorita gorda se levanta a las seis de la mañana, friega toda la casa, limpia todos los pares de zapatos que posee toda la familia, sacude las alfombras por el balcón, quita el polvo a todos los muebles y hace luego gimnasia sueca, echándose en el suelo y rodando de un lado para otro.

A las ocho de la mañana se levanta el resto de la familia, y todos, con buena intención, claro es, se dedican a insultarla, porque dicen que los disgustos hacen adelgazar.

—¡Gorda! ¡Gorda! ¡Cada día estás más gorda!

Este es el insulto más terrible que se le puede dirigir a la señorita gorda.

—¡Tú, elefante, estos zapatos tienen poco brillo!

—¡Que baile la gorda!

—¡Ay, hija mía! ¿Pero has quitado el polvo del piano? Pues no lo parece. ¿Y has fregado este suelo? ¡Embustera, sucia!

Y acababa toda la familia a coro:

—¡Gorda, gorda! ¡Cada día estás más gorda! ¡Qué asco, qué asco!

Luego, en las comidas, las escenas son terribles. La pobre señorita gorda siente a veces los embates de su terrible enemigo el Apetito. Y cuando la cocinera presenta algún plato de su especial predilección, se prepara a engullir seriamente. Por ejemplo, la tortilla de patatas le gusta extraordinariamente; pero también hace las delicias de los demás hermanos. Y aquí ya los consejos de familiares pierden toda su buena inten-

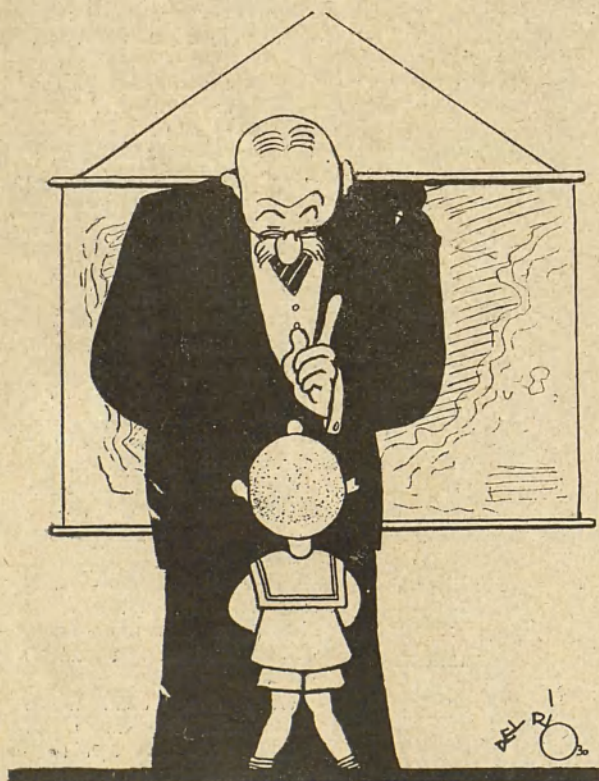
ción, al ver cómo la hermana se apodera de media tortilla para ella sola.

—Pero ¿estás loca, desgraciada? ¡Tú comer de esto! Pero ¿es que ignoras que es lo que más engorda? Trae, trae eso para acá... No puedo consentir que engordes más por torpeza. Estoy dispuesto a sacrificarme y a comerme tu pedazo, aun sintiendo privarte de ella. Pero no hay más remedio, hijita...

La señorita gorda se contenta con su té frío y un poco de corteza de pan. Después de esta comida se tiene que estar dos horas de pie, quieta y sin apoyarse en nada.

Así, la señorita gorda ha conseguido cosas extraordinarias, tales como ser una formidable fregatriz, una apreciable limpiabotas, tener unos buenos bíceps, reírse de Papús en eso de ayunar y realizar equilibrios verdaderamente sorprendentes. Lo único que no ha conseguido la señorita gorda es adelgazar.

GABRIEL GREINER.



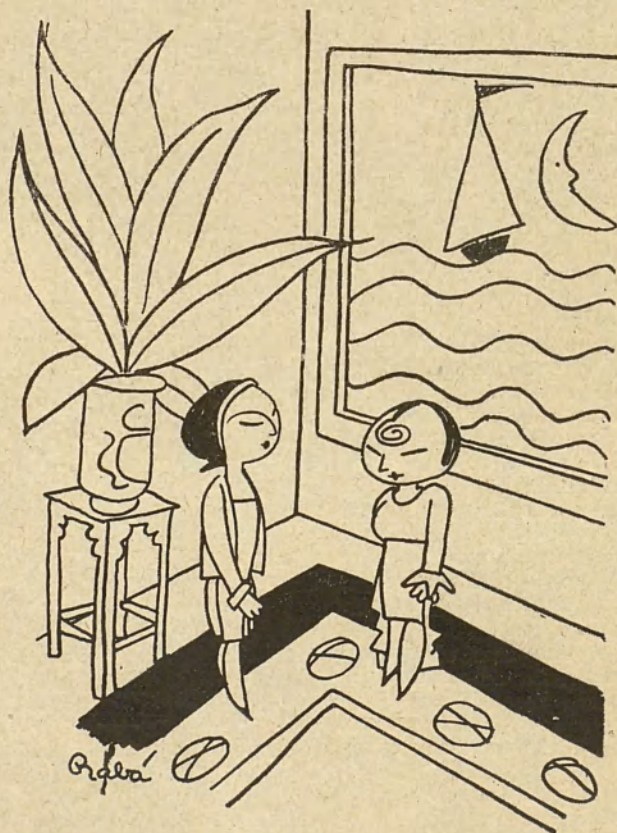
—A ver: ¿cuáles son los cuatro elementos?

—El agua, la tierra, el aire...

—Sí, hombre, y eso que causa tantos accidentes...

—¡Ah, sí! ¡El automóvil!

Dib. DEL RÍO.—Barcelona.



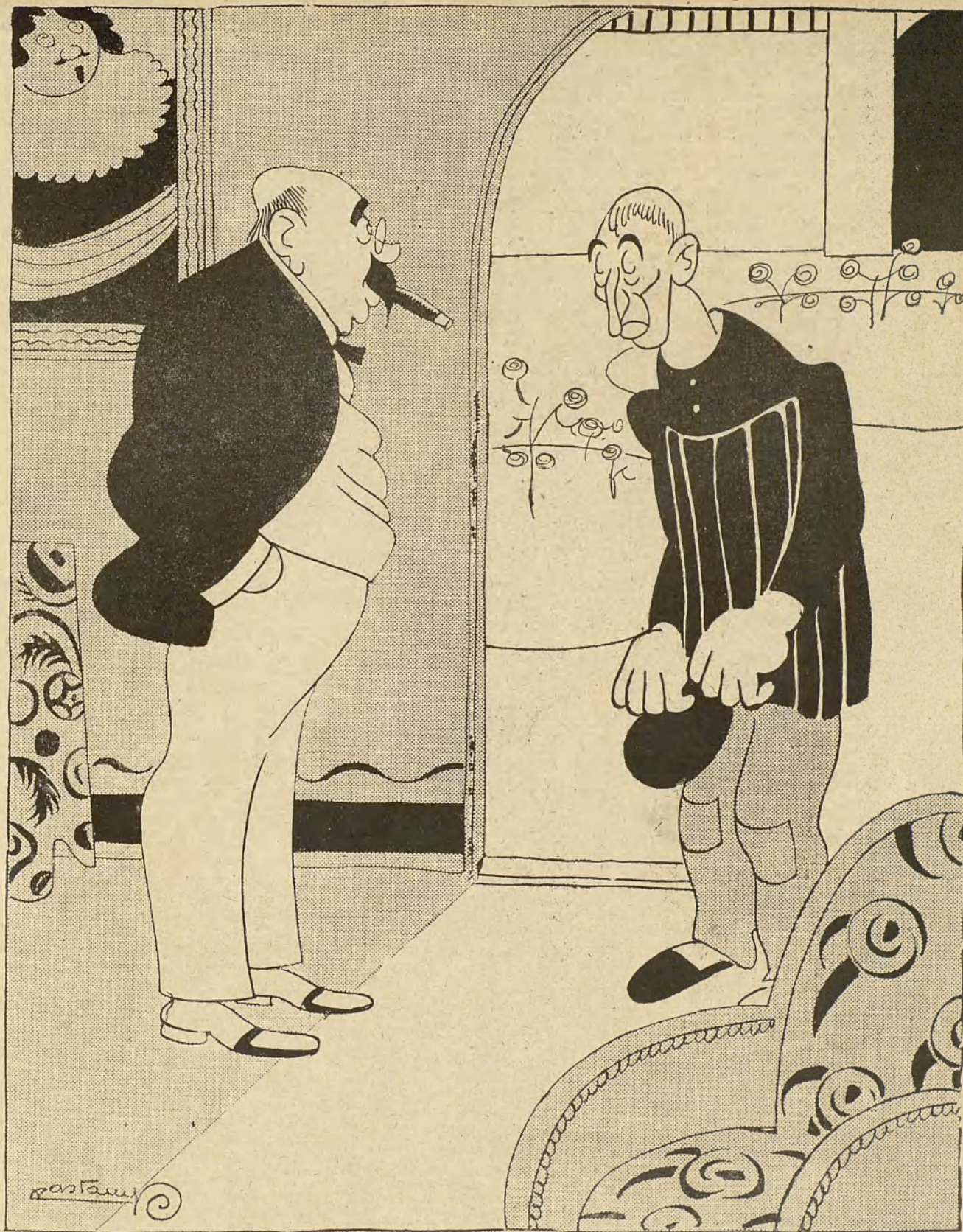
—Habéis vuelto muy pronto de San Sebastián. ¿Qué hacíais allí?

—Hablábamos mal de las amigas que se habían quedado en Madrid.

—Pues ahora se os ha terminado la diversión.

—No lo creas. Ahora hablamos mal de las amigas que siguen en San Sebastián.

Dib. RABÁ.—Madrid.



—Salvo una pequeña diferencia que proviene del nacimiento, de la fortuna y de la inteligencia, en este mundo todos somos iguales. ¿Lo entiendes, idiota?

—Sí, señor marqués.

Dib. CASTANY.—Barcelona.

Ayuntamiento de Madrid

ECOS DE ALGUNAS PARTES

Nos llena de pesar el drama amoroso que nos ha dado a conocer nuestro corresponsal en Antofagasta. ¡Ahí es nada! Resulta que un pollo pera y perinquito de aquellos andurriales

tenía una novia con un magnífico pelo castaño; y la ha visto, por consecuencia de una grave enfermedad, quedarse calva (estilo "Gallo").

¡Indiscutiblemente, es un drama!

¡Y no sería ninguna estupidez ponerle por título "La castaña pilonga"!...

Porque es que no tiene otro...

Un apreciable teólogo de Buitrago acaba de sentar estos días una afirmación trascendentalísima acerca de las consecuencias del bautizo.

Según él, si el bautizo se verifica con un chico de quince días, es una cosa perfectamente legítima, pero que si se verifica con un chico de vino o con un chico de leche (que es con los chicos que más a menudo se hace), constituye un desafío acuático como para desbordarse.

El teólogo tiene razón y el argumento tiene narices.

¡Qué bárbaro!

En la calurosa provincia de Alicante hay un pueblo que se llama Pego, como sabe todo geógrafo medianamente educado y distinguido.

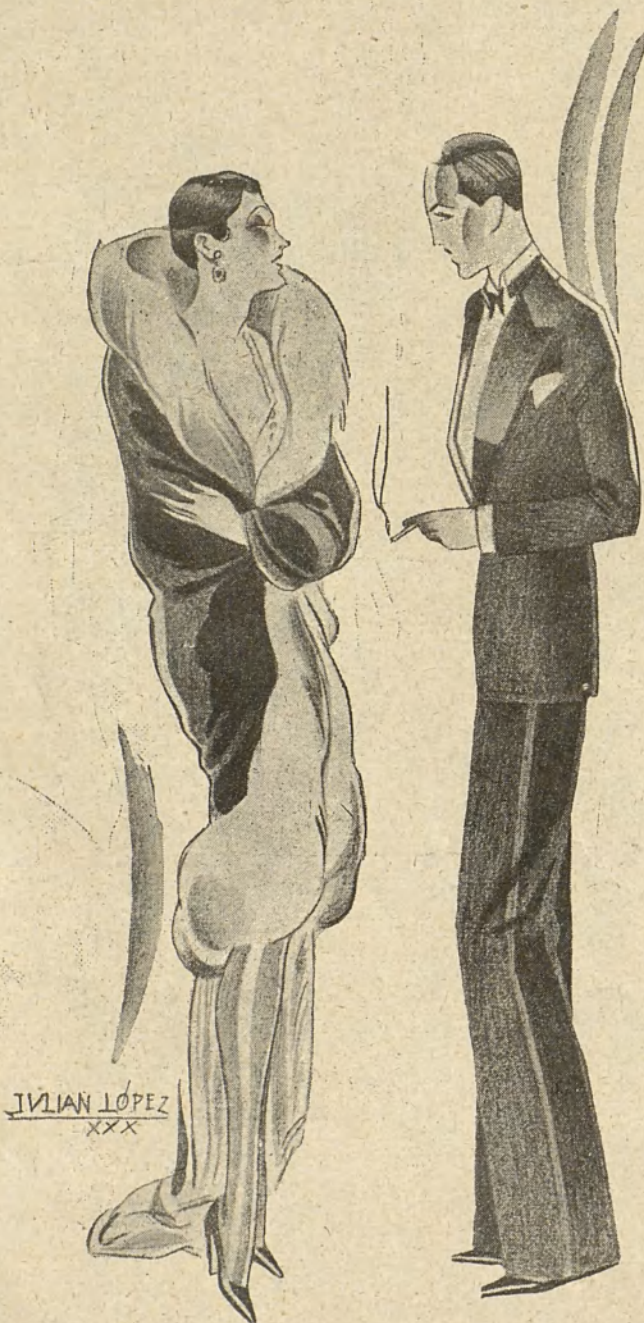
Y este pueblo, que pudo ser rival de Alcoy en la fabricación de paños y telas gruesas, no quiso, sin embargo, dedicar a ese negocio sus actividades, sólo para evitar un chiste nefando.

Que es el que la gente dijera que era mejor adquirir "pañó Alcoy" que "tela Pego..."

Está siendo visitadísima, en Chicago, una casa edificada recientemente y que ofrece la particularidad de estar construida para que la habiten gigantes de ambos sexos.

Realmente, resultaba infame el que la honorable clase de los gigantes tuviera que vivir con estrecheces, aunque tuviera más dinero que Rockefeller, y sólo por esa consideración estimamos meritorio el hecho de acudir a esa urgente necesidad con una construcción tan comfortable como la que nos ocupa. La gigantesca casa está ya amueblada y lista para las exigencias de los colosales sujetos que han de habitarla. Las sillas son sillones, los armarios de luna son de luna llena, los fogones de las cocinas son verdaderos fogonazos, y las camas son camamas, con lo que queremos dar a entender que son más largas que las corrientes.

Pero el detalle más elocuente de este formidable edificio es la instalación del "water-closet".



—¿Y tu marido?

—Se murió. ¡Ya ves lo que son las cosas! Un hombre que hacía todo tan despacio, se murió de repente.

Dib. LÓPEZ.—Madrid.

Hay quien, al mirar a la taza, ha querido tomarla en arrendamiento para dar en ella las carreras de "motos" de la próxima temporada.

Estas cosas no pueden suceder más que en Chicago.

En Caracas, cuando un amigo generoso quiere participar a un compañero que su esposa le está faltando al respeto en sus ausencias, se coloca sobre los hombros una jacarandosa capa, aunque haga una temperatura que monde.

Y hemos sabido que el cariñoso denunciador ejecuta ese acto porque, de esa manera, aunque diga al amigo que su cónyuge es una liviana despreciable, se lo dice embozadamente...

Claro es que la acusación, aun resultando cierta, es para fastidiarse en el compañero; pero para los caballeros de Caracas, por lo visto, no tiene importancia fastidiarse con la capa puesta...

Un profundísimo historiador, sabio por su casa y feo por parte de padre (y de madre), acaba de demostrar que Calderón de la Barca elaboró unos de sus más famosos versos mientras se estaba afeitando.

Y lo prueba con los mismos versos, que lo dicen de un modo que no deja lugar a dudas:

"Apurar, cielos, pretendo..."

Porque si esto no lo piensa uno mientras suaviza la navaja para darse el segundo pase, que venga Nuestro Señor y lo vea.

Hace una semana escasa naufragó un buque chino y se fué a pique. Llevaba a bordo dos mil cajas con perlas, para esos collares que se venden en todas las calles de Europa y de Andalucía; y cuyas perlas se fueron al fondo del Océano con el buque y con algunos marineros en camiseta.

Pero a los tres días una violenta marea arrojó sobre las costas de China las dos mil cajas de perlas.

Y los periódicos de Pekín dieron la noticia unánimemente con estas palabras:

"El mar es generoso, y devuelve lo que no era suyo..."

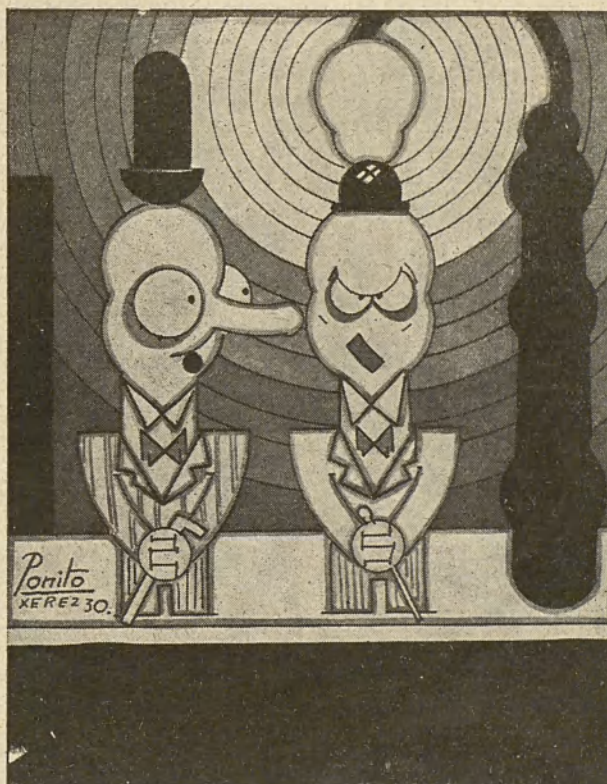
Aunque con todo género de reservas, acogemos el rumor, que corre por ahí, de haber estallado en Guatemala



El.—¿Y dónde como yo ahora?

Ella.—Puedes ponerte la gorra de plato.

Dib. LAKARABA.—Madrid.



—Estoy convencido de que Carolina me es infiel.

—Las apariencias engañan.

—Pues entonces, no te quepa la menor duda; Carolina es una apariencia.

Dib. PONITO.—Jerez.

la una revolución tan espantosa y de resultados políticos y sociales tan atroces que, si triunfase, Guatemala sería, de hoy en adelante, Guatepeor. Ni que decir tiene que todas las personas sensatas hacemos votos por-

que no triunfe. Y hasta un zapatero guatemalteco que reside en la calle de Cabestreros, y que hasta hoy ha hecho botas, hace votos también.

ERNESTO POLO

MIELES DEL INGENIO

Don Manuel Fernández y González, que, a pesar de lo mucho que escribió, trabajando materialmente a destajo, durante la mayor parte de su vida, era un gran escritor, tenía un ingenio sutil y altamente epigramático, que hizo célebres muchos de sus dichos y hechos, los más de los cuales son del dominio público.

A él voy a consagrar hoy una dedada de estas mieles.

Fué en tiempos miembro del Comité de lectura del teatro Español, el cual Comité tenía por costumbre reunirse una vez por semana a oír las obras que eran sometidas a su aprobación, sin cuyo requisito, a no ser los autores de reconocido prestigio, no había algún otro que escalase la escena del clásico coliseo.

El autor insigne de *Men Rodríguez de Sanabria*, que ya estaba algo viejo y sobre la pesadumbre de los años era muy comodón, no solía asistir a más lecturas que aquellas que le eran muy recomendadas, y generalmente se dormía en ellas aceptando, al final, como bueno el fallo de sus compañeros.

Tocóle cierta tarde el turno a un au-

tor nuevo que mostró decidido empeño en que don Manuel le escuchara.

Comenzó el hombre a leer, y acaeció lo que solía de ordinario, que a las primeras escenas el bueno de don Manuel dormía como si estuviese tendido en el más blando lecho de plumas. El neófito quiso suspender la lectura, pero los demás individuos que componían el tribunal le invitaron a que continuase, pues la edad y los achaques del insigne durmiente a tanto le autorizaban, y a fin de cuentas habría de darse por conforme con lo que ellos acatasen.

Nuestro hombre siguió la lectura, pesada y soporífera en extremo, con gran riesgo de que los demás señores hiciesen coro al que tan dichosamente disfrutaba de la paz del sueño.

Más de dos horas duró el suplicio, al cabo del cual siguió un dilatado y elocuentísimo silencio..., después, toses, garraspeos; nadie, en fin, se atrevía a tomar la palabra, porque lo que tenían que decir no era muy agradable para el aspirante a autor dramático. Despertóse en esto don Manuel y, encarándose bruscamente con el lector, díjole sin preámbulos ni medias palabras:

—Pollo, eso está muy medianejo. Otra vez lo hará usted mejor. No siempre se acierta a la primera vez.

El zaherido de tal suerte respondió que, con todos los respetos debidos, no podía aceptar aquel fallo despiadado, puesto que quien le daba estuvo durmiendo casi desde que comenzó la lectura.

A lo que respondió Fernández y González, ahuecando aquel vozarrón que tenía y dando un puñetazo sobre la mesa:

—Y ¿quién le ha dicho a usted que el sueño no es una opinión?...

Sigamos con los autores noveles y las despachaderas que con ellos tenía el creador de *El cocinero de Su Majestad* cuando no eran "madera de sándalo", como díjole a Ceferino Palencia cuando estrenó éste *El guardián de la casa*.

En otra ocasión fuéle recomendado por uno de sus editores un jovencuelo que había escrito un drama romántico en un acto—género que a la sazón estaba muy en boga—y tenía particular empeño en que don Manuel oyérala previamente, para que después fuera servido de recomendarle al dicho Comité de lectura de nuestro primer teatro.

Dió cita al aspirante en el hotel que poseía en la calle de Ferraz, y allá fuése el hombre a la hora en punto que le fué indicada.

Como era tiempo de verano y las habitaciones estaban en una grata penumbra para evitar en lo posible la fuerza del calor, el pobre muchacho, que ya iba algo azorado por el examen a que iba a someter su obra, dióse un terrible golpe en un ojo contra un mueble, pero, con el ojo hinchado y todo, metió mano al manuscrito tan pronto como fué recibido por el que ya miraba como su padrino, y comenzó la lectura, que fué tan desdichada como la que anteriormente queda referida.

Así de como acabó el "examen", no sin que el examinando dejase de aplicarse de vez en cuando el pañuelo a la parte dolorida, exclamó don Manuel aderezando en su antagónico rostro el gesto de las grandes borrascas:

—Y ¿dice usted—al menos así me lo ha dicho el amigo que le recomienda—que a nadie le ha leído este drama antes que a mí?

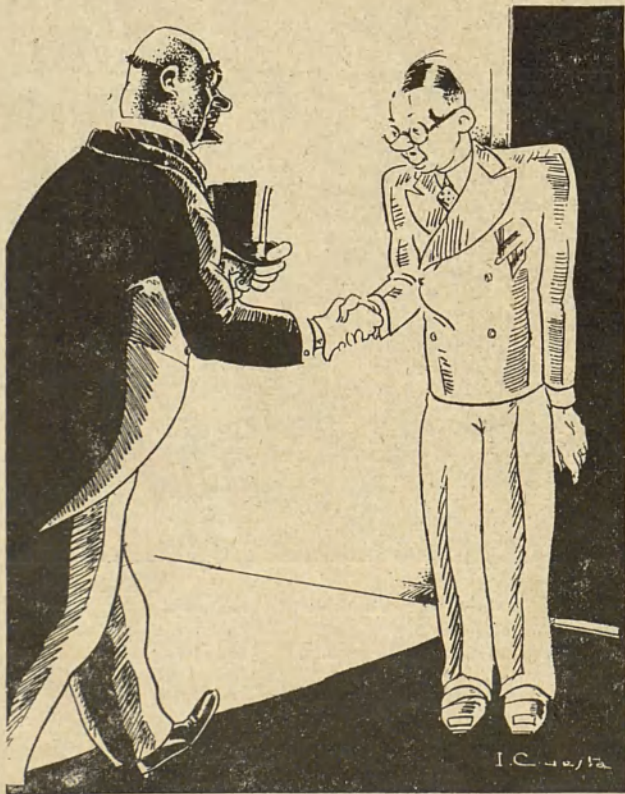
—No, señor; a nadie—respondió el autorcillo cobrando algún aliento al pensar que ello podría ser circunstancia favorable para el buen logro de su drama.

A lo que replicó el maestro:

—Entonces, ¿quién demonios le ha puesto así ese ojo?

Por la referencia,

DIEGO SAN JOSE



—Doctor, ¿cómo encuentra usted a mi señora?

—Muy bien: los pies los tiene todavía hinchados, pero esto no me preocupa.

—Comprendido, doctor; pero si sus pies estuvieran hinchados, tampoco me preocuparía a mí.

Dib. CUESTA.—París.

Ayuntamiento de Madrid

MUJERES ORIGINALES

Fanny, la educanda del internado de Birmingham

Ella; su historia; el encuentro; lo que dijo al verme; lo que dijo después; diez meses de amor; el epílogo y la reflexión última.

Por ENRIQUE JARDIEL PONCELA

¡Pálida y azulada Fanny!

¡Azulada y pálida Fanny!

¡Pálida, Fanny, azulada!...

Parece que aun la estoy viendo, arrancada de un internado de Birmingham por un marchante irlandés...

Pero lo cierto era que había sido arrancada de un internado de Birmingham por el ansia de conocerme.

Su historia era de una sencillez tan indignante como putrefacta. Desde el nacimiento a los tres años, Fanny no había hecho más que aprender inglés. De esos tres años, a los quince, se dedicó a ampliar los conocimientos de inglés adquiridos hasta entonces. Y de los quince a los diecinueve, empleó todas sus energías en dominar el inglés por completo.

Y "eso" era su historia...

Yo la encontré una noche de invierno sentada y tiritando a la puerta de mi casa, como en una balada de Coleridge.

—¿Qué haces aquí?—la pregunté.

—“I love you!” (1)—replicó Fanny.

—¿Tienes frío?—indagué.

—“I love you”—contestó ella.

—¿De dónde vienes? ¿Quién eres?

—“I love you”.

—¿Tienes familia?

—“I love you”.

—¿Quieres venir conmigo?

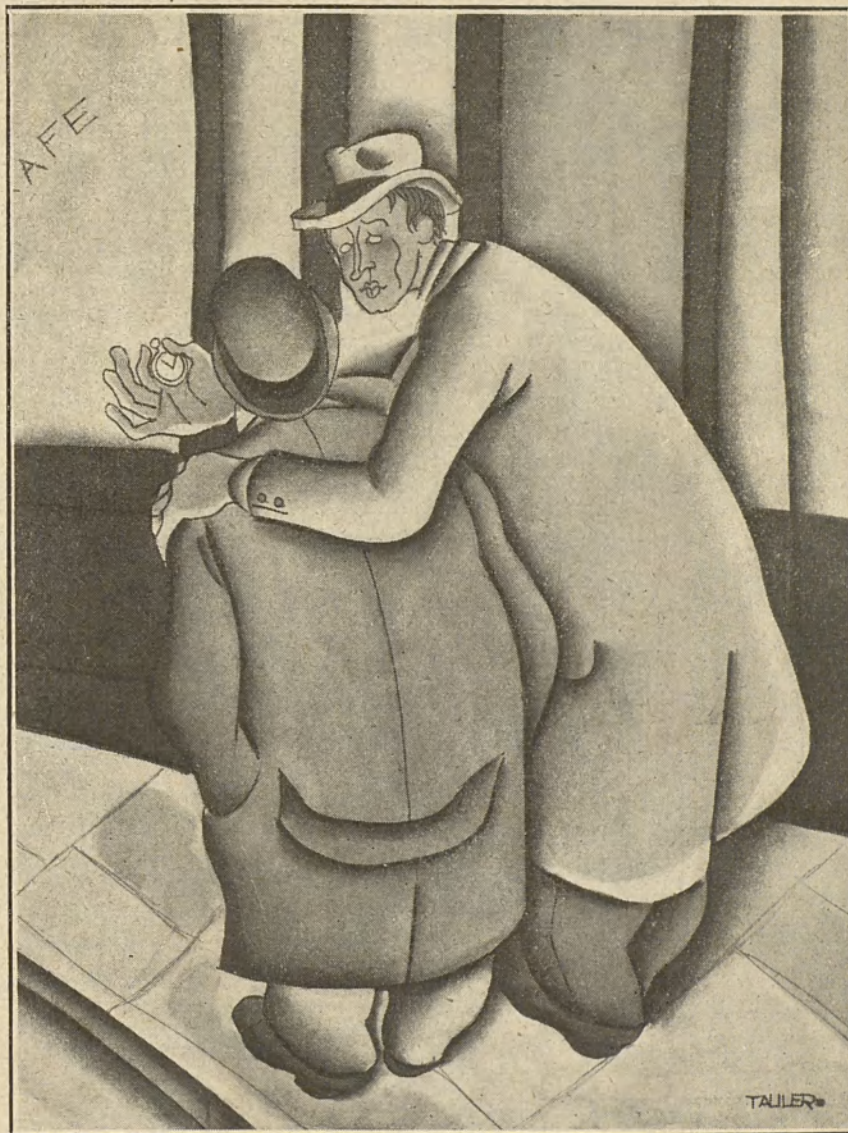
—“I love you”—remató Fanny.

—Pues anda, vamos...

Y la entré en mi casa. Y la di un “toddy” bien caliente (para poder desnudarla sin que se enfriase).

Una vez que hube conseguido esto último, me di cuenta de que la boca le sabía a fresa y de que—con sus 140 centímetros de estatura sin tacones—resultaba tan pequeñita, tan pequeñita, que amarla era una cosa así como violar la neutralidad de Bélgica.

(1) ¡Te amo!



—¿Se puede saber por qué das cuerda al reloj siempre que entramos en el restaurante?

—Es que el médico me ha dicho que haga ejercicio antes de comer.

Dib. TAULLER.—Madrid.

Le traspasé mi reflexión y ella replicó, convencida:

—“I love you”.

—La amé intensamente, y ella no tardó en observar:

—“I love you”.

Pero cuando cinco horas después, ya en pleno romanticismo agradecido y en pleno entusiasmo sin agradecer, le susurré al oído:

—¡Fanny: te adoro!

Entonces ella elevó los brazos al techo y lo que contestó fué esto otro:

—“God save the king!” (1).

Las muchachas educadas en Birmingham son así de absurdas.

Octubre, noviembre, diciembre, enero, febrero, marzo, abril, mayo, junio, julio. O, mejor dicho, porque quien miraba al calendario era Fanny:

“October, november, december, ja-

(1) ¡Dios salve al Rey!

nuary, february, march, april, may, juin, juli. Es decir:

Diez meses de idilio.

Al décimo mes yo estaba de Fanny hasta la coronilla, región de las primeras calvicies.

Pues luego de aquella excepción —absolutamente única— del “God save the king!”, en el diccionario de la niña de Birmingham no volvió a haber más que tres palabras: “I, LOVE y YOU”.

Y esto, que al principio resulta encantador para un amante, a la larga se hace perfectamente irresistible.

El 10 de junio yo pensé de Fanny:

—Es una pelma.

El día 30 había llegado a este desolador superlativo:

—Es pelmísima.

El 1.º de agosto, definí:

—Es una imbécil bañada por el Támesis.

Y el día 3 se la trasladé a un amigo a cambio de unos prismáticos, y diciéndole:

—Te la cedo. Es pequeña; pero como todas las mujeres pequeñas, muy resistente. Es, además, constante y fiel, y sabe decir “I love you” en noventa y ocho tonos de voz diferentes.

El amigo se llevó a Fanny muy a gusto.

(Era un inexperto e ignoraba que el peor vicio de una mujer es la fidelidad, y la peor virtud, la resistencia.)

Y yo también quedé contentísimo de cambiar la inglesa por los prismáticos.

Pues me dije:

—Por buena que sea una mujer, y por malos que sean unos prismáticos, siempre se ven las cosas más claras con la ayuda de los prismáticos que con la ayuda de la mujer.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



—¿No me ves en la foto? Es que estoy como embutido entre tanta gente.

—¡Ah, sí! ¡Ya te veo! Estás jamón.

—No; jamón, no. Estoy embutido.

Dib. LÓPEZ REY.—Valencia.



—¡Pero si este mismo cuadro me lo vendía el mes pasado por cincuenta pesetas.

—Bueno; pero tiene usted que tener en cuenta lo que han subido las subsistencias.

Dib. KAR.—Madrid.

VOLANDERAS

Me piden dos amigos (enemigos
de los viajes aéreos a su vez)
que les haga volando unas *coplitas*...
y aquí están, mal o bien.

¿Quién piensa ya en la moto, ni el jaco,
ni en el rauda automóvil, ni en el tren?
Hoy tan sólo en volar, en volar mucho,
se piensa por doquier.

No digáis que os aterra el aeroplano.
Con el tiempo será un amigo fiel...,
y os reiréis de las águilas caudales...
(y sin caudal también).

Al par que golondrinas y palomas,
haciendo vuestros *raides* de placer,
de fijo que ni al "álcali volátil"
envidia le tendréis.

Hay joven que no gana dos pesetas
y ya sueña con alas de papel,
creyéndose un Gallarza, un aguilucho,
un Franco o un Mamet.

Ya se lanzan los niños en sus casas
al juego de volar, y más de diez
se cuelgan del montante de las puertas...
¡y estréllanse después!

Hay señoras, a veces algo *largas*,
que en un sólo detalle imitan bien
al buen aviador. ¿En qué? ¡En lo suaves
que se dejan caer!

Yo bien sé por volar lo que darian
las tres hijas de Cándido Pringuet.
Por de pronto, ya van "tomando alas";
¡más alas cada vez!

En vista de la moda, sólo aspiran
a ser aviadoras todas tres.
¡Aviado está el padre si ellas vuelan
adonde yo me sé!...

Cunde mucho el deporte. ¡Solamente
de pájaros de cuenta hay más de cien
que, si vuelan, no lo hacen a la altura
que fuera menester!

—¡Oh! ¡*Volare en un piccolo aeroplani*
e poi morire!—murmuraba ayer
un entusiasta aviador de Italia,
que vuela como un pez.

Y yo digo: —¿*Volare... e poi morire?*

Este pájaro implume piensa bien;
pues primero morir y volar luego...
¡sería una sandez!

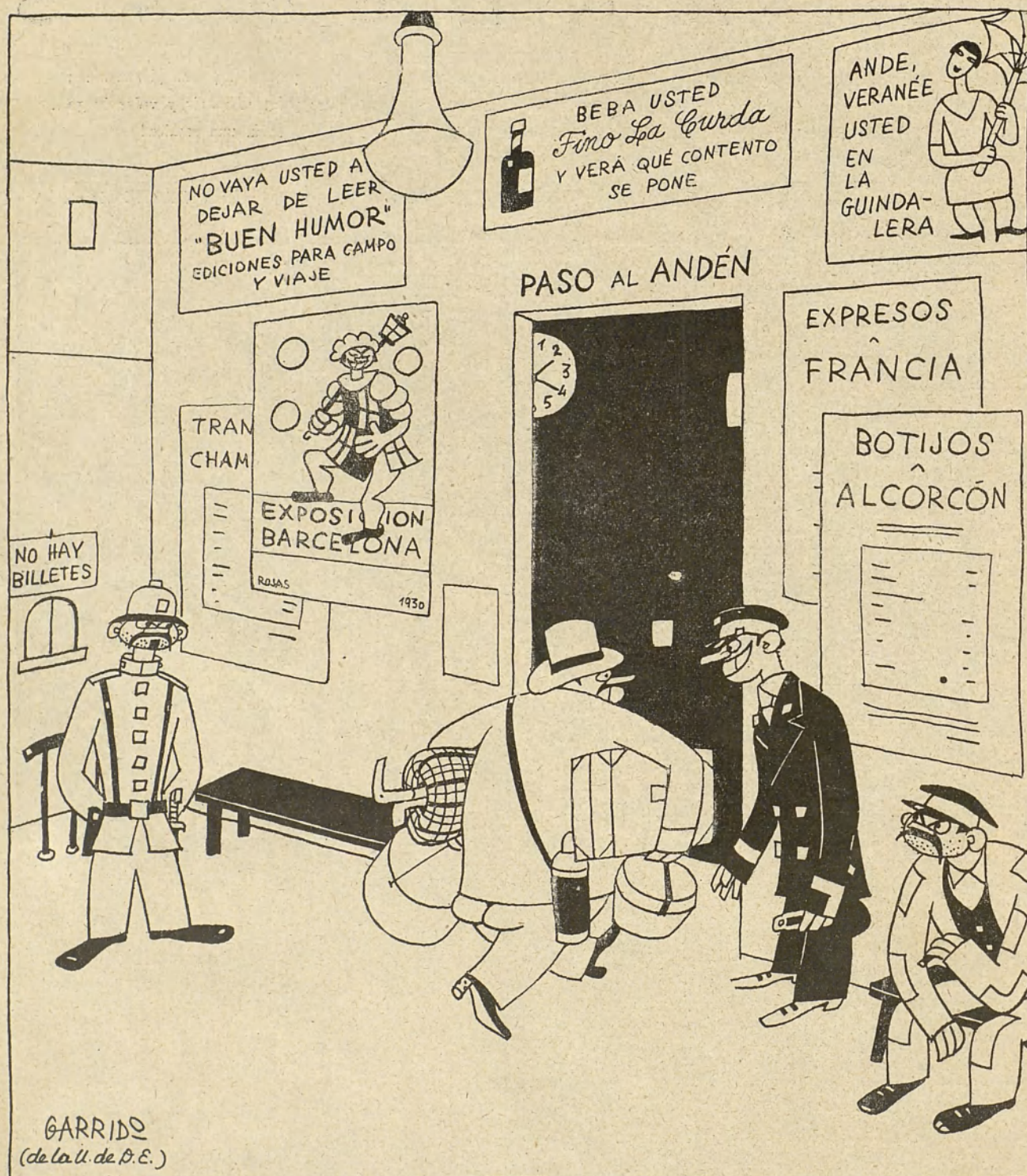
JUAN PEREZ ZUNIGA



—¿Qué fuerzas tiene usted?

—Poquísimas, mi coronel; desde la pulmonía no levanto cabeza.

Dib. CASERO.—Madrid.



GARRIDO
(de la U. de D. E.)

—¿Llego al mixto de las veintisiete y cuarto?

—No, señor. Acaba de salir pitando.

Dib. GARRIDO.—Madrid.

PASATIEMPOS

De cómo a poco me caso en Reus

Ello acaeció de la sencilla manera que van ustedes a oír.

Bueno. Aquellos de ustedes que no hayan perdido lo que perdió el comediógrafo Linares Rivas, o sea el oído (¿no lo han oído ustedes?), desgracia que yo lamento y el señor Linares también, hasta el extremo de que, desde entonces,

"Linares ya no es Linares"..., que también lo habrán oído ustedes, ¿no?...

Pero avancemos en nuestro relato, y justifiquemos lo antes posible el apostrofado título con que encabezamos este

suceso, que a poco termina en la Vicaría, lugar poco recomendable, según algunos.

La cosa es que arribé yo felizmente a la gran ciudad fabril cierta tarde de enero, a eso de las tres y media, que era cuando el apuesto correo de Barcelona deteníase solemnemente ante aquel confortable andén.

Gris Triánón, el firmamento. Nubes bajas, liliputienses nubes, daban a la ciudad fiero aspecto.

Desde los cristales del balcón del hotel donde paró el coche—y donde yo

también paré—, contemplé la ancha plaza de Prim. En esto iba resbalando la noche (no siempre ha de ser "cayendo") y comenzaron a encenderse estupendos focos en los estupendos comercios de la plaza y vías adyacentes.

—Esto se anima—pensé—. Hay que lanzarse a la calle a ver qué pasa.

Y pasó, lectores, lo que tenía que pasar. Y fué una descabezante chica, que en Reus abundan las descabezantes chicas tanto como las otras—no hay de qué darlas, ¡oh, gráciles paisanitas de Prim!—, a la que no debí yo tampoco—aunque sea inmodestia—parecerle del todo mal por cuanto me miró insistentemente a través de las lunas de los escaparates, donde hacía que se paraba a ver, y a lo que se paraba era a verme, o a ver si yo la veía.

Ello fué que nuestras miradas se atrajeron de tal modo, que el imán y el acero son dos actrices de la misma compañía, pongo por símil repelente, al lado nuestro.

—¿La sigo?... ¿No la sigo?...—me preguntaba yo deshojando la simbólica margarita.

¡Sí, la sigo!—me animé al notar que la madre me observaba benévola...—¡Pero no, canario! Me desanimé cuando advertí que en la plaza se les agregó un señor mal encarado, que debía ser el padre, y que llevaba un grueso garrote enganchado en el brazo izquierdo.

Quedé clavado en la acera. Sí. Porque yo, como otros han temido siempre a las suegras presentes, he temido a los suegros futuros.

—De aquí no paso, pase lo que pase, me ordené.

Pero la chica se volvió a mirarme como diciéndome:

—Tú sígueme. Mi padre no se come a nadie, aunque supiese que eres mi novio. Y mi madre, tampoco. Porque, aunque quisiera comerte, si te casas conmigo, "no te va a poder tragar". Al fin, suegra.

Receloso, les seguí unos pasos. En esto



—¡Fíjate, Totó, qué tacones! Lo menos deben de ser de Luis XXX.

Dib. GASTON MAS.—París.

entraron todos en un portal de casa bien. Pero al penetrar el padre, se le cayó el grueso bastón de que era portador y abolló dos baldosas de la acera.

Escapé.

De regreso al hotel, y ya de sobre-mesa, me aclaró el dueño:

—Sí, pollo. Esa casa es la del señor Casals, concejal él.

—Justamente—repuse.

—¡No; injustamente!—clamó el hotelero.

—Bien. Es un señor que tiene una hija...

—Eso es. Algo delgada.

—Y que lleva un garrote...

—Sí; muy grueso.

—El mismo.

—¡Muy rica es la "noya"!

—¿Y el padre?

—¡Muy rico también! Quiero decir, con "pasta". Exportador en grande, de avellana. ¡Buena fortuna! Pero, amigo mío, tiene un carácter endiablado.

—¿Fiero?

—Leonino. Como sepa que ronda usted a su "noya", a su hija, le mata, la mata y se mata. No siga, pues, a la hija, mire que si la sigue, la mata.

—No hablemos más de ese asunto.

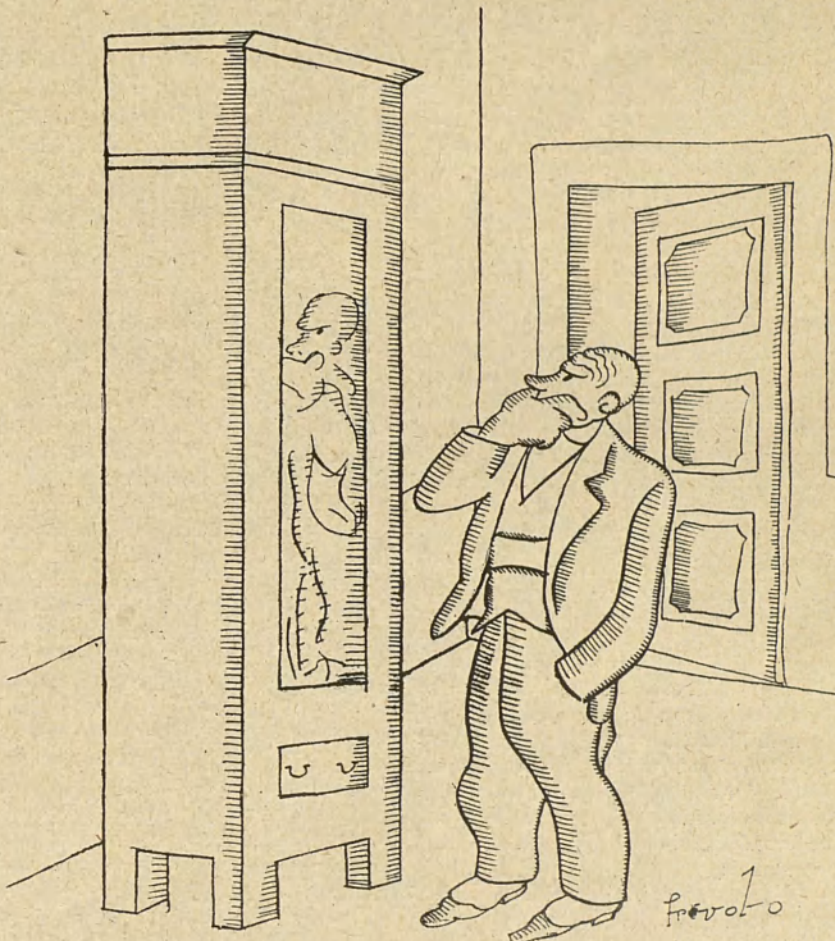
Con la preocupación, me dormí y tuve una pesadilla que me quitó las ganas de casarme en Reus. Pesadilla de la que me despertó el dueño del hotel cuando iba yo a perecer a manos de aquel "pretérito" suegro que no me quería por "futuro".

Amenazador, agresivo, enhiesto el garrote, las manos crispadas, el edil reusense avanzaba hacia mí gritando como un alienado:

—¡No! Ese "pollo-pera" venido de Madrid, no. Ese viene a por mi hija. Y lo que es peor: a por mi dinero... Usted, pollito, viene—bufó ya dirigiéndose a mí—a destrozarme el negocio. A comerme toda la avellana... ¡Pero yo "le voy a mascar toda la nuez"!

Cuando arrancó por la tarde el tren de Reus trayéndome en su interior, todavía me palpé la ropa a fin de convenirme de que todo había sido una pesadilla, aunque bastante pesada.

MIGUEL DE CASTRO



EL MAL FISONOMISTA

—¡Nada, que no caigo en quién pueda ser este tío!

Dib. FRÍVOLO.—Zaragoza.



—¿Me hace usted el favor de decirme la hora que es?

—¡Ora pro nobis!

Dib. GIAU.—Barcelona.

LAS SEÑALES LUMINOSAS

Peláez había logrado ya su aspiración de poseer automóvil propio. A fuerza de grandes sacrificios pecuniarios, el elegante "pollo pera" acababa de adquirir un cochecito de dos plazas.

Peláez decidió estrenar su "auto" la tarde en que cierto amigo suyo iba a contraer matrimonio en la iglesia de San Ginés.

Como la boda se celebraba a las seis, el propietario del coche, llevando por sí mismo el volante, partió con un cuarto de hora de anticipación de su domicilio, situado en el paseo de Recoletos.

El "auto" corría sobre el asfalto, cuando el repiqueteo de un timbre obligó a frenar a Peláez. Se había encendido el disco rojo para que cruzasen los peatones.

El "pollo pera", durante la detención, se adujo:

—El "auto" me responde magníficamente. En el interior de la ciudad rinde una marcha media de cuarenta kilómetros a la hora...

Arrancó el carruaje con dirección a la calle de Alcalá, teniendo que hacer una nueva parada a los pocos metros, ante el Ministerio del Ejército. Peláez se preguntó:

—Si seguimos así, ¿llegaré con tiempo a la boda de mi amigo? Ya llevo perdidos doce minutos...

Aparecido el color verde en el disco,

automóviles y tranvías anduvieron hasta llegar al Círculo de Bellas Artes, donde les fué obligado detenerse otra vez, a causa de la señal indicadora para el paso de gente. El "pollo pera" tuvo que argumentar:

—Desde luego, renuncio ya a asistir a la boda de mi amigo. Quizás me sea dable presentarme al bautizo del primer hijo...

Partido de allí el "auto" a marcha veloz, tuvo de nuevo que parar, debido a las señales luminosas del tráfico, instaladas junto al templo de la Calatravas. Peláez, desesperado, se dijo:

—¡Tampoco me va a ser posible llegar al bautizo! Bueno, cuando yo acuda a la iglesia, se celebrará ya la primera comunión del descendiente de mi amigo...

Echados a andar los vehículos, se interrumpió la marcha veinticinco metros después, ante el paso de peatones Sevilla-Peligros. El elegante argumentó:

—Al principio, yo calculaba que llevaría mi automóvil a una velocidad de cuarenta kilómetros por cada sesenta minutos. Gracias si logro marchar a medio kilómetro a la hora. Cuando llegue junto a mi amigo, sospecho que su vástago irá muy adelantado en los estudios de bachillerato.

Cruzados los transeúntes, el timbre y el cambio de luces indicaron que podía proseguir la circulación de carruajes. El

avance fué cortado otra vez en la desembocadura de la Puerta del Sol. Peláez, ante la nueva parada, murmuró:

—Acaso al verme frente a mi amigo todavía no haya acabado aún su hijo la carrera de Medicina. ¡No debe uno sentirse pesimista del todo!

El reloj de Gobernación marcaba las siete de la tarde. Mudado el disco de color, el automóvil atravesó con celeridad la céntrica plaza, salvándose de parar ante los cruces de Montera y Preciados.

Calle del Arenal. Frente a la iglesia de San Ginés, Peláez paró el automóvil.

El atrio del templo se hallaba desierto. Un monaguillo se disponía a cerrar las verjas de hierro. El elegante interrogó al acólito:

—¿Ha terminado la boda?

—¡Anda! ¡Sí, señor! La ceremonia se celebró a las seis. Ahora serán las siete y cuarto. ¡Los recién casados deben ya ir de viaje, en el tren!

Pocos días después, Peláez, vestido a la última moda, transitaba por la acera derecha de la Carrera. De pronto, el elegante se encontró con un amigo, quien, tras abrazarle, mostró extrañeza:

—¿Cómo? ¿Qué veo!... Me sorprende que tú, poseedor de un magnífico automóvil, camines a pie. Nunca creí encontrarte entre la vulgar clase de peatones...

Peléez contestó:

—Para pasear, el "auto" resulta una cosa excelente. Ahora, si pretendes acudir a un sitio con hora fija, te recomiendo no emplees el automóvil. Siempre llegarás tarde. Las señales luminosas, con sus constantes paradas, te harán perder el tiempo preciosamente.

El amigo quiso objetar:

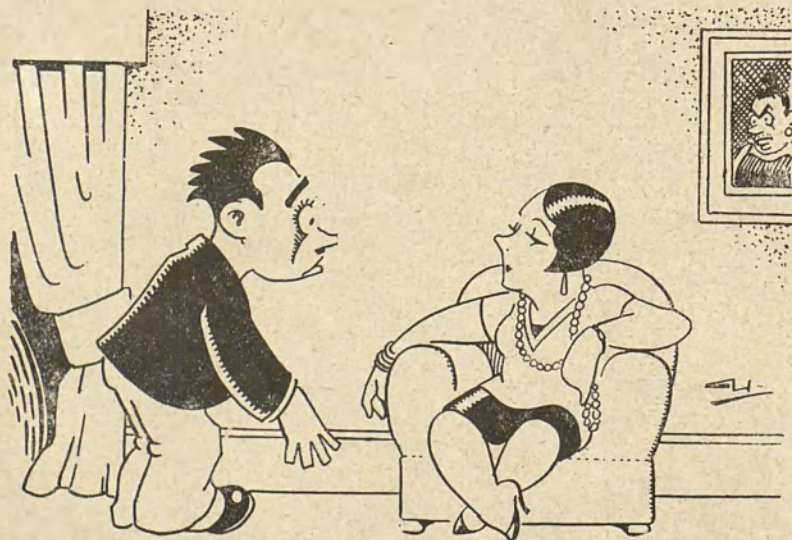
—Me parece que exageras...

Su interlocutor, sin hacer caso, continuó argumentando:

—Un ejemplo. Ahora mismo, cierto señor me aguarda en una cervecería, con objeto de tratar de negocios. Pues bien; yo, propietario de un coche de buena marca, voy andando para poder presentarme con oportunidad a la entrevista. Si viajase en el automóvil, seguramente no vería al caballero, por llegar con retraso, a causa de las numerosas detenciones de las señales del tráfico.

Peléez dió una cordial palmadita sobre el hombro de su amigo. Comenzando a caminar en sentido de las Cuatro Calles dijo, despidiéndose, como conclusión:

—Adiós. Hasta otro día. Llevo prisa. Por eso voy a pie.



—¡Carmen! ¡Cuanto más la amo, más seguro estoy de que este amor me matará! ¿Qué hago?

—Amarme más cada día.

Dib. URDA.—Barcelona.

LUIS ESTEBAN

...con los nombres de las calles, de las plazas y plazuelas.

Le acaban de dar, nos dicen,
a la calle de Las Velas
el nombre de "Cae don Carlos
Arniches"... ¡Enhorabuena!...

A nosotros en diciendo
"Don Carlos", ¡to lo que sea!
Darle el nombre de la calle
y darle la calle entera
con sus inmuebles y muebles
y su respectiva renta,
es un arranque múnicipé
que nos parece de perlas.

¡Se lo ha ganao!... Y está bien
que la calle de Las Velas
lleve el nombre de don Carlos
en recuerdo de otras velas
—velas dos—que padecía
cuando decidió encenderlas
añadiéndoles la luz
que producen sus comedias.
De esto, ¡ni hablar!... ¡Levantemos
media copa, o copa y media,
y brindemos por don Carlos
y por todas sus "Estrellas",
de primera magnitud
y luz propia todas ellas.

Pero decimos nosotros
—una vez sentada y puesta
en su punto la cuestión
en lo que a Arniches respecta—,
¿van a seguir dando nombres
de personas celebérrimas
a las calles?... A nosotros
nos tiene la mar de cuenta
la costumbre, por ahorrarnos
las veinte o treinta pesetas
que habríamos de pagar
en banquete, si la fiesta
en honor de cada célebre,
en vez de ser como "suela",
(o como suele), un cubierto
con brindis de sobremesa,
se resuelve colocando
en las calles unas letras
con el nombre del insigne
y "Pax Christi"... La excelencia
y la enorme baratura
de este precioso sistema
salta a la vista, y nosotros
sentimos que la cartera
se nos va a hinchar si persiste
la susodicha manera
de homenajear. Na de esto
tié lo que se dice vuelta
de hoja; pero una cosa
es que nos guste y convenga
la económica costumbre
de exaltación "callejera"
para honrar a los prohombres
que lo son y lo merezcan,
y otra llenarnos la corte

de calles Crespo Ciruela,
Roque Ramírez Pendengues,
Juan Crisóstomo Mendieta,
Catifurcio Carvajales,
Sixto Pérez, Pedro Peña,
Conchita Altramuz Rendueles
y Cirilo Carranceja.

La cosa, en este sentido,
ya es otra cosa, y "varea".
Lo de la calle a don Carlos
requeceaprobado queda
por ser don Carlos el único
autor de un carlismo en regla
y por merecerse todas
las calles y las glorietas
y hasta la gloria. ¡De acuerdo!
Pero es algo que da pena
ver que Pérez y Rodríguez,
que ni Dios ni sus abuelas
han conocido en la vida,
tienen plazas y plazuelas,
y cuando se les ocurra
dar a cualquiera unas señas,

tengan que decir ustedes
cosas así como ésta:
"¿Tú ves la calle de Pérez?
Pues la tomas y a la izquierda,
en la plaza de Calixto
Martínez de Ponce-Iniesta
desemboca el callejón
del conde de Pezuñuela;
lo sigues y, según sigues,
al final vas y te encuentras
con la travesía Roque
Ruigómez de las Contreras,
y torciendo a la de Claudio
Martínez, sales a Guerra,
y allí está Pedro Tiburcio,
la segunda a la derecha.

¿Quién es Roque y quién Calixto,
y quién Ruiz y quién Contreras?
Nosotros nos apostamos
casi toda la cabeza
a que no hay diez españoles,
entre diez y seis, que sepan



El.—Ahora hay una enormidad de muchachas que no se quieren casar.

Ella.—¿Y por qué lo sabe usted?

El.—Porque yo se lo he preguntado.

Dib. PILAR.—Madrid.

de dónde son estas gentes,
ni si están vivas o muertas,
ni si fueron militares,
sastres, curas o poetas.

¿No vale más, por ejemplo,
decir: "La calle del Aire
da al callejón de la Venta;
entrando por ésta, sales
a la plaza la Canela,
y dejando atrás las calles
de la Flor y la Ballesta,
del Alamillo y del Olmo,
tuerces por la de la Hortensia,
te metes por la Rondilla
y te vas a las Peñuelas,
o a la Sal, o al Miradero,
o a la Cruz, o a la Ribera?...

Digan ustedes si así
suenan mejor o no suenan...

... Aparte de los equívocos

a que la cosa se presta:
porque decir, verbi gracia,
pongamos por advertencia:
"Se prohíbe el hacer aguas
en Doña Concha Pereda",
¡compromete la hidalguía,
ya tradicional, de Iberia!
Dejen, pues, los nombres propios
—impropios, pues que no pegan—,
y puestos a honrar memorias
de poetisas, poetas,
pintores y pintureros
ministeriales, etcétera,
den a las calles los nombres,
no de ellos: de lo que hicieran.

¿No será, después de todo,
cosa bien sonante y bella:
plaza de la Malquerida,
calle de Doña Perfecta,

glorieta de El genio Alegre,
rondilla de la Verbena?

¿No ven que si no no hay calles
para tanta gente "celebra"
como nace? Y ¿no están viendo
que nos quedamos a ciegas
sin saber quién es Benito
Gutiérrez, y Berenguela,
y don Nicolás María
y Echagüe y Francisco Cea?...

Mejor es que, por lo menos,
de seguir este sistema,
se añada después del nombre
aclaraciones como éstas:
"Calle de Midundi Pérez,
el que enfermó la peseta."

Si la hizo, ¡que la pague!
si la pagó..., ¡que se sepa!

MANUEL ABRIL

CHISTES DE TODO EL MUNDO

El padre.—Quiero hacerte una pregunta científica, hijo mío. Cuando el agua hierve dentro de una cafetera, ¿qué utilidad tiene el vapor que hace levantar la tapadera?

El hijo.—Mamá lo utiliza para abrir las cartas tuyas antes de dártelas.

(De *Woreman Advertiser*.)

El suegro.—Cuando te dí la mano de mi hija, no creí que ibas a depender de mí toda la vida.

El yerno.—Ni yo; porque pensé que nos daría lo bastante para que pudiéramos vivir independientes.

(De *Faun*, Viena.)

—Me han dicho que te has casado.

—Sí.

—Y ¿qué sabe hacer tu mujer? ¿Sabe coser?

—No.

—¿Sabe cocinar?

—No.

—¿Entonces qué sabe?

—Canta maravillosamente.

—¿Pues te hubiera resultado más económico comprar un canario!

(De *Inverness Courier*.)

El maestro trataba de explicar lo que significa el color blanco en los vestidos y preguntó:

—¿Por qué creéis que la novia va siempre vestida de blanco el día de la boda?

Ninguno contestó.

El maestro.—Porque el color blanco representa la felicidad y el día de la boda es el más feliz de la vida para una mujer.

El discípulo.—¿Entonces por qué el novio viste de negro?

(De *Rolig Hali Timma*, Golemburg.)

El maestro explicaba a su clase los peligros de la enfermedad contagiosa de los loros y aconsejaba a sus discípulos que no besasen a los animales, ni a los pájaros, especialmente a los loros.

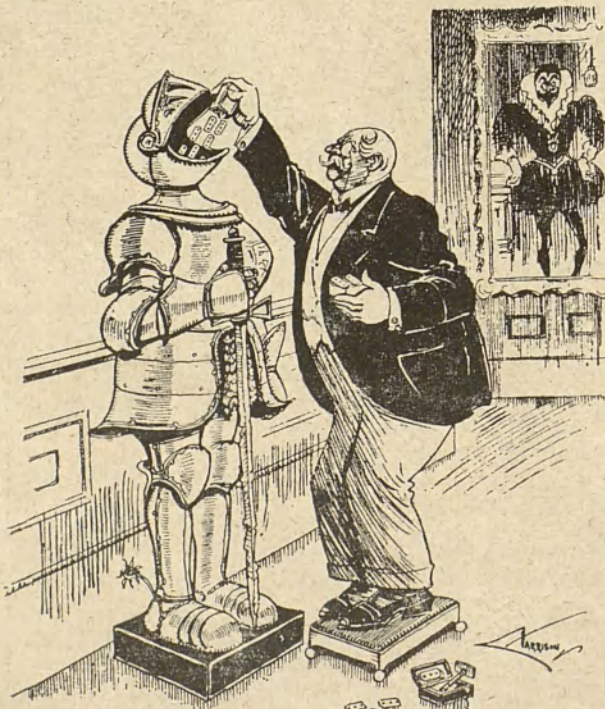
—Puedes presentarme algún ejemplo, Tomás.

—Sí señor. Mi tía Emilia acostumbraba a besar a su perrito.

—¿Y qué le pasó?

—Que se murió el perrito.

(De *Lustige Kolner Zeitung*, Colonia.)



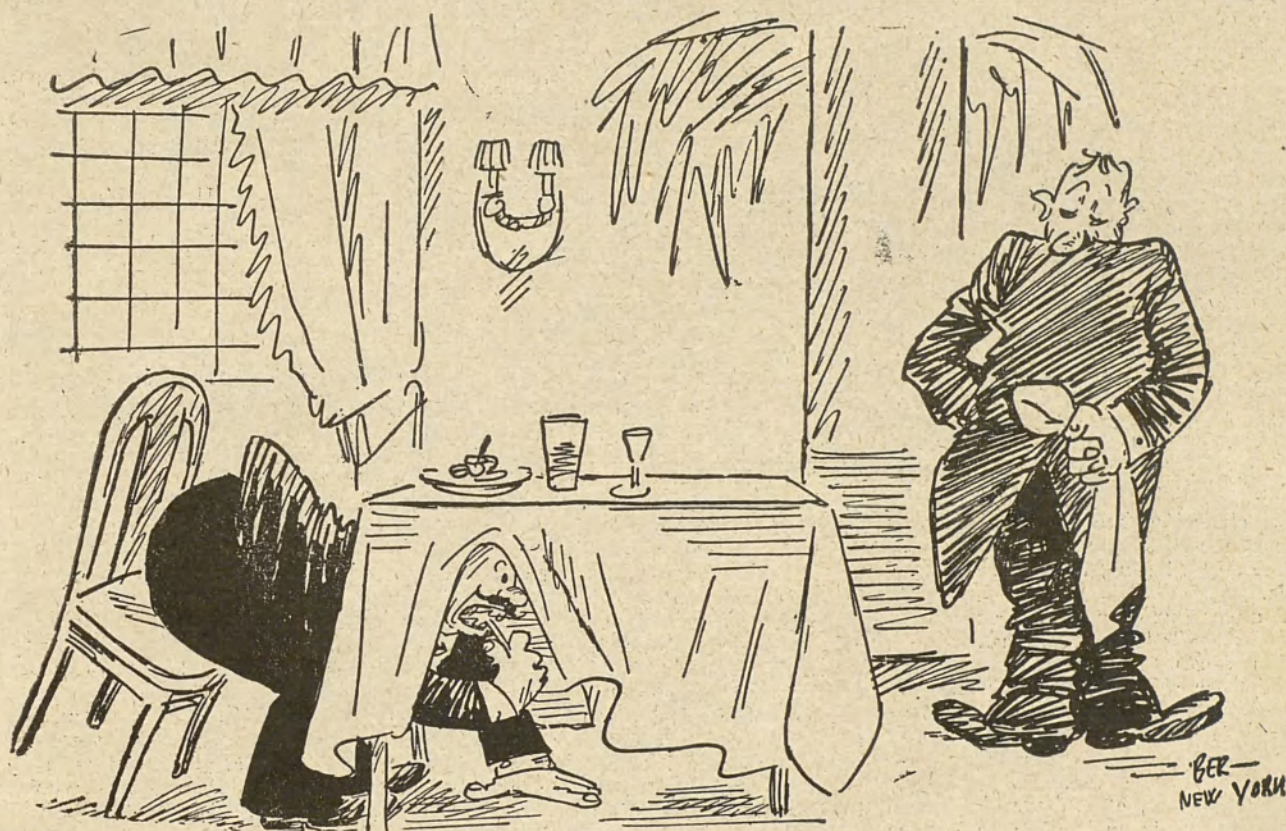
El noble duque encuentra un lugar a propósito para poner las hojas de afeitar usadas.

(De *The Passing Show*.)

CONCURSO

DEL

MES DE JULIO



El concurso que ofrecemos a nuestros lectores para el mes de julio es el siguiente: Nuestro ilustre colaborador el formidable sueco *Bergstrom*, nos envía desde Nueva York, donde reside actualmente, el mono que en esta página reproducimos. Por olvido del dibujante, el mono viene sin pie. El concurso, pues, consiste en dar un premio de

CIEN PESETAS

en billetes o metálico, al ingenioso lector de *Buen Humor* que nos remita la leyenda más graciosa y que más expresivamente sirva la escena representada en el dibujo.

El plazo de admisión de soluciones terminará el día 31 de julio.



SUEÑOS ROTOS, por Arkady Averchenko

I

Nunca pude explicarme por qué mis padres vivían en Sebastopol, existiendo la isla de Ceilán, la costa meridional de África, las llanuras maravillosas de la América del Norte, el Cabo de Buena Esperanza, las rías bajas de Galicia, la costa cantábrica, etc., etc.

La ciudad de Sebastopol se me antojaba una residencia mal elegida. Se podía haber elegido otra residencia mejor. Pero ¿cómo iba yo a convencer a mi padre de tal cosa? Yo era un niño de doce años, y se hubiera reído de mí si le hubiera aconsejado que nos fuéramos a vivir a una costa.

La profesión que tenía mi padre, tampoco me satisfacía: era comerciante de té, harina, velas, jabón y cebada.

Y no es que el comercio en sí me pareciera mal; lo consideraba una profesión bastante respetable, siempre que lo que se vendiese no fuera tan prosaico como la cebada, el jabón, las velas y la harina. Comprendía el cambio con los salvajes de chucherías vistosas por marfil, maderas preciosas, caña de azúcar, etc. Y tampoco juzgaba indigna de un hombre honorable la trata de negros.

La prosa que me rodeaba me hacía sufrir lo indecible. Casi todas las tardes me iba a la orilla del mar, a algún paraje esquivo; me sentaba al pie de una roca, y me dedicaba a soñar.

¡Qué estupendas aventuras soñaba!

Un barco de piratas anclaba no lejos de la roca, y los piratas desembarcaban para enterrar los tesoros robados en sus últimas expediciones. Una vez en tierra la enorme caja de madera y hierro, llena de doblones españoles, guineas, monedas mejicanas y brasileñas, armas, objetos de arte, vasos de oro y de plata, abrían, con sus manos musculosas, un profundo hoyo en la arena, y la escondían allí, colocando después, sobre la arena apisonada, una señal, con el fin de poder, en lo futuro, reconocer el sitio. Hablaban con voz ruda, de lobos de mar; su piel, curtida por el sol y el viento. Terminado el trabajo se ponían a beber auténtico ron de Jamaica, "whisky", ginebra. ¡Qué modo de beber,

Dios mío! Yo los espiaba oculto en una concavidad de la roca.

Al verlos irse, sentía vehementes impulsos de rogarles que me llevaran en su compañía. ¡Qué delicia tomar parte en sus expediciones, bajo los rayos ardorosos del sol tropical, asaltar los barcos mercantes, lanzarse a una lucha a muerte con un "brick" inglés!

Pero no tardaba en desechar aquellas ideas. Era mucho más práctico desenterrar la caja, vender el tesoro y, con lo que medieran por él, comprar un carro boer, armas y provisiones; contratar a algunos cazadores atrevidos y emprender un viaje al África del Sur.

Si mis padres se oponían al viaje al sur de África, me iría a América, donde me esperaban aventuras sin cuento en los inmensos prados, entre los vaqueros mejicanos, entre los pieles rojas tatuados... Afortunadamente, había en nuestro planeta numerosos países llenos de peligros.

El capitán Mine-Read y Luis Bousenard eran mis autores predilectos. Sentado al pie de la roca, leía ávidamente sus relatos interesantísimos.

"...Tendidos a la sombra de un gigantesco boabab, los viajeros aspiraban el delicioso olor de una pierna de elefante que se asaba sobre la hoguera. El negro, un gigante de dos metros de estatura, arrancó algunos frutos del árbol y los puso también a asarse. Después de un copioso almuerzo, los viajeros se bebieron algunos vasos de agua cristalina del próximo arroyo mezclada con ron."

A mí se me abría el apetito. "Hay gente—murmuraba—que sabe vivir. Voy yo también a hacer por la vida."

Y de una hendedura de la roca, que me servía de despensa, sacaba un par de chuletas, un arenque ahumado, un trozo de pastel de carne y media botella de sidra. Aquello no era la pierna de elefante, ni los frutos del boabab; pero, a falta de otra cosa, había que contentarse con tan modesta merienda.

Mientras comía, mis ojos escrutaban el horizonte; mas el bajel pirata no aparecía nunca.

Empezaba a ponerse el sol. Había que volver a casa, donde me esperaba, como todas las noches, el prosaico espectáculo del arqueo paterno.

La vida, a veces, es muy dura para los jóvenes soñadores que no pueden comprarse un buen carro boer y marcharse al África del Sur.

II

A pesar del jabón y la harina y de su aparente sequedad, mi padre, en ocasiones, era más niño que yo. Yo, imitando a los pieles rojas, procuraba siempre ocultar mis verdaderos sentimientos. Mi padre, por el contrario, no sabía disimular sus dolores ni sus alegrías.

Cuando me anunció la próxima llegada a Sebastopol de una colección de fieras, se veía que no cabía en sí de gozo. Diríase que acababa de encontrar una mina de diamantes.

—¡Una hermosa colección de fieras! —me dijo—. ¡Leones, panteras, tigres!... Probablemente la tendremos toda la primavera en Sebastopol.

Mi alegría, al oírle, fué enorme; pero me guardé muy bien de manifestarla.

—Una colección de fieras—repuse—es muy interesante; pero hay muchas tan pobres, papá, que no valen la pena de visitarlas. En una buena colección de fieras debe haber agutís, pek-karis, canguros... ¿Los hay en la que va a llegar?

—No sé; pero hay, además de los tigres, las panteras y los leones, una serpiente venenosa. ¿Te parece poco? El domador y el propietario han estado en la tienda, y lo sé por ellos. Traen un piel roja, admirable arquero, y un negro.

No obstante mi dominio sobre mí mismo, creo que palidecí un poco.

—¿Y qué hace el negro?—pregunté.

—Seguramente, algo notable, pues no le darán de comer sólo por el color.

—¿De qué tribu es?

—Debe de ser de una tribu muy buena, porque es más negro que el betún. Ya lo verás. El primer día de Pascua se abre el barracón.

Aquella noche apenas pude pegar los ojos.

¡Qué emoción la mía al levantar la cortina roja con dibujos fantásticos y entrara en el barracón de las fieras!

Una tempestad de ruidos me atur-

dió: los sones de un órgano mecánico, los chasquidos del látigo del domador, los rugidos de un león.

Parecíame haber sido transportado de pronto a las selvas vírgenes del Africa, y el corazón se me saltaba del pecho.

Pero no tardé en empezar a sufrir decepciones.

La primera me la causó el negro.

Un negro debe ir en cueros vivos, sin otra vestimenta que un taparrabos encarnado, y el que yo tenía ante los ojos era una profanación de su raza: llevaba un frac rojo y un estúpido sombrero de copa verde. Además, un negro debe ser un hombre belicoso, amenazador, y aquél hacía cómicos juegos de manos, les sacaba a los espectadores naipes de los bolsillos y, más que un guerrero de una tribu africana, parecía un lacayo.

Al ver a Va-Piti, el arquero piel roja, se me cayó el alma a los pies. No iba vestido a la europea, como el negro, y un gallo hubiera envidiado su plumaje; pero no pendía de su cintura el cuero cabelludo de ningún enemigo y en su cuello se echaba de menos un collar de dientes de oso gris. No; no era aquello lo que yo esperaba.

El piel roja se limitaba a lanzar flechas a un círculo dibujado en una tabla. Ni siquiera una les lanzaba a los espectadores, a los rostros pálidos, a los enemigos de su raza. Me dieron ganas de gritarle:

—¡Eres un sinvergüenza! ¡Eres un cobarde! ¿Has olvidado que los rostros pálidos se apoderaron de tus prados, quemaron tu "wigwan", te robaron el "mustang"? Si fueras un digno representante de tu raza, les enviarías algunas flechas envenenadas a ese empleado de Hacienda gordo, a ese burgués barrigudo, que han venido a burlarse de tu tribu, la famosa tribu "Corazón de águila".

Las gloriosas tradiciones de dicha tribu no le importaban, por lo visto, un comino al arquero, que, en vez de hender con su "tomagawt" el cráneo de sus enemigos, les saludaba humildemente cuando le aplaudían.

Una muchacha se colgaba al cuello, como un boa, una serpiente venenosa. ¡Y la serpiente no la estrangulaba ni la mordía! ¡Conducta cobarde e indigna, propia de un misero gusano!

Yo había puesto grandes esperanzas en el león, en ese terrible y majestuoso rey de los animales, que surge, súbito, de la selva y se precipita, carnívor, sobre el tímido antílope. ¡Oh, el león, terror de los negros, azote de los bisontes y los "mustangs"!

¡Nuevo desencanto! El león saltaba a través de un aro que sostenía el domador; hacía girar bajo sus cuatro zarpas una gran bola de madera en-

carnada; toleraba que un perro apoyara en su grupa las patas delanteras. No despedazaba al perro, al domador ni al propietario de la colección; no se lanzaba sobre el público...

No es que yo sea sanguinario. Creo, sencillamente, que cada cual debe hacer aquello para lo que está destinado: los pieles rojas deben arrancarles el cuero cabelludo a los europeos; los negros deben devorar a los blancos que caigan en sus manos; los leones deben lanzarse sobre todo bicho viviente.

A decir verdad, yo no sé qué esperaba ver en el barracón. ¿Un león comiéndose a un marinero? ¿Un piel roja que asesinase, para despojarles de las "cabelleras", a toda la primera fila de espectadores? ¿Un negro que asara en una hoguera a Slutsky, el acaparador de trigo?

Camino de casa, me dijo mi padre:

—He invitado a cenar esta noche con nosotros al propietario de la colección, al piel roja y al negro.

¡Un piel roja y un negro en casa! Olvidadas mis recientes decepciones, pensé: "¡La cena será trágica!"

III

Pero no se realizaron mis esperanzas. Yo era un pobre iluso. Un soñador.

El piel roja Va-Piti y el negro Bacheliko se presentaron vestidos de americana, traje que les sentaba como una silla de montar a una vaca.

Como era el primer día de Pascua, el propietario de la colección cambió los tres besos tradicionales con todos los miembros de mi familia, diciendo:

—¡Cristo ha resucitado!

El negro—una sonrisa estúpida en los gruesos labios escarlata—y su com-

pañero el piel roja le imitaron. ¡Vaya unos salvajes!

Sentados todos a la mesa, mi madre le sirvió a cada comensal un trozo de pastel de Pascua. Los dos salvajes lo devoraron tan a gusto como si se tratase de un filete de misionero asado. Luego ingirieron, echándose al colete, de vez en cuando, una vulgar copa de "vodka", numerosos huevos duros, de cáscara coloreada. Yo asistía avergonzado a aquella caída moral de dos razas.

Después de cenar, ambos salvajes, que habían bebido de lo lindo, empezaron a cantar ¡cancionetas francesas!

Se le rindió culto a Tersícore. El negro bailó una polka con mi tía, devorándola, ¡ay!, sólo con los ojos.

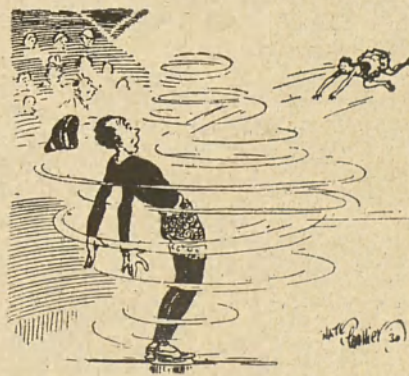
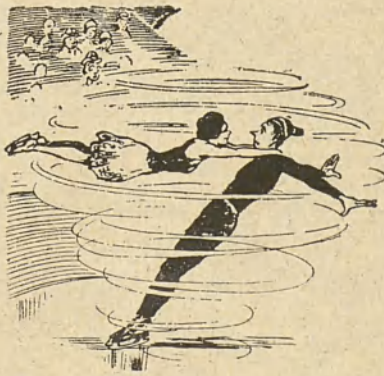
A la mañana siguiente, cuando aun dormían todos en casa, me levanté y me fui a la orilla del mar. Me senté, como de costumbre, al pie de una roca, y me puse a hojear unos libros de Mine Read y de Boussenard.

Todo era en ellos feroces pieles rojas, negros sanguinarios, rugientes leones, majestuosos elefantes, sobre cuyos lomos viajaban, velada la faz, bellas princesas indias. Y se me antojaba que los pieles rojas cantaban cancionetas de bulevar, comiendo a dos carrillos huevos cocidos; que los negros bailaban polkas; que los leones saltaban a través de un aro; que los elefantes, dóciles, sumisos, tiraban al blanco con el moco.

Exhalé un profundo suspiro.

Hice luego un hoyo en la arena y enterré en él al novelista inglés y al novelista galo.

Al terminar la inhumación, me levanté y miré a la remota línea en que se juntaban mar y cielo. Ya no esperaba, como tantas veces, ver aparecer un barco pirata. El niño fantaseador había muerto en mí, y lo había sustituido un adolescente dispuesto a adaptarse a la gris realidad de la vida.



En el circo.—¡Ven, Eloisa! ¡Todavía no hemos terminado el ejercicio!

(De The Passing Show.)

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en un aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes". Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR

FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

Entre pescadores:

—Pero con un pedazo de queso ¿cómo quiere usted pescar?

—Es que es queso de Roquefort.

Hércules (Enguera).

En Villaterrón del Dulce un forastero pregunta a un chico del lugar.

—Oye, muchacho, ¿cuál es el cementerio?

—¡Rediez, en donde están los muertos!

Manuel Salgado (Madrid).

En unas maniobras militares, el capitán Rodríguez sorprende a un sargento fuera de las filas pelando la pava con una chica.

—¿Qué hace usted ahí con esa muchacha? — le pregunta con voz de trueno.

—Trataba de seducirla para que me dijera dónde está el enemigo.

Un principiante.

ALBERTO

Pulseras de pedida.

7. CARRETAS. 7

El doctor.—Debe usted tomar un vaso de agua todas las mañanas.

El paciente.—Ya lo hago así; pero mi patrona le da el nombre de café.

Dionisio el Guardia.

Un mendigo entra en una carnicería y pregunta:

—¿Tiene usted buen corazón?

—Sí, señor.

—Pues deme una limosna.

Honorato Jayo (Bilbao).

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

Entre marido y mujer:

—Juan, se acaba de caer el reloj del comedor, y si lo hace un momento antes aplasta a mi pobre mamá.

—Siempre he dicho yo que ese reloj retrasaba.

Espátula (Suances).

JESUS

GRAN MERCERIA

Especialidad en géneros de punto y bolsos. Cupones con regalo. Casa prestigiosa que recomendamos a nuestros lectores.

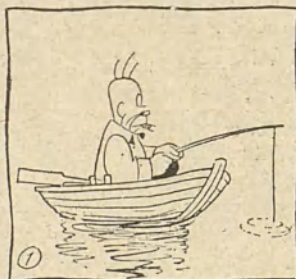
BRAVO MURILLO, 11.

En clase de Geografía:

El profesor.—Vamos a ver, Pepito. Tú tienes enfrente el Norte, a la derecha el Este y a la izquierda el Oeste. ¿Qué tienes detrás?

El alumno.—Un roto en los pantalones.

Manuel Serrano (Lorquí, Murcia).



Un pescador que la pesca.

(De Sondagnisse-strix.)

—He estado en el cine sonoro, chico, pero no sé de dónde sale la voz.

—¿No?

—No. ¿Lo sabes tú?

—Claro que sí, hombre.

—¿De dónde sale la voz?

—De la calle de Larra.

Enrique Soto y Soto.

Ventiladores

LOS MEJORES, LOS MÁS ECONÓMICOS, CON AIRE ESPECIAL PERFUMADO

RAMÓN ROMERO

Fuencarral, 68.-: MADRID

En la Comisaría:

El comisario.—A ver, guardias; a este hombre, que nos quiere tomar el pelo a todos, palizas en él hasta que "cante".

Un guardia.—Señor comisario, ya le hubiésemos hecho "cantar", pero da la casualidad de que es mudo.

Tranquilo (Zaragoza).

Entre amigos:

Uno.—Si tú vieras una familia necesitada, ¿qué le darías?

—¿...?

—Yo le daría una escopeta.

—¿Para qué?

—Para que fuera tirando.

F. R. Botas (Madrid).

—¿Cuál es el colmo de un calvo?

—Perder toda su fortuna y que se tire de los pelos.

J. L. San Emeterio (Requejada).

LOS MEJORES PERFUMES Para artículos de Drogueria. El comercio preferido por las damas:

Fiocalia
Filocalia
Filocalia

No olvidario

Fernando VI, 10
Filocalia

El atropello:

—No llore más, señora, que el accidente no es de importancia.

—¿Y dice usted que le ha destrozado las ropas?

—Sí, señora; pero su marido ha resultado ileso.

—¡Es horrible! ¡Hoy que se había puesto el traje nuevo!

Julio Sanz.

—Juanito, ¿has sido tú quien ha roto ese cristal?

—No, yo no; ha sido mi zapato.

Birdie (Barcelona).

—¡Caballero: una limosna, por Dios, que hace dos días que no como!

—¡Vaya, ahí lleva diez céntimos! ¡Ahora se lo gasta en vino!

—¡No! ¡Si le parece a usted, compraré una casa!

Juan Carrasco (Sevilla).

Patrón.—¿Qué le contestó usted a ese canalla que estuvo esta tarde y que dijo que se proponía romperme la cabeza?

Sirvienta.—Le dije que sentía mucho que el señor no estuviera en casa.

Benjamín López.—Madrid.

CASA GALLEGOS

6, Luchana, 6 COMESTIBLES

Exquisitos cafés y chocolates marca "San Juan". Espléndidos regalos a los clientes.

Una de las casas más prestigiosas de Madrid en su género.

—¿Cuál es el hombre más criminal del mundo?

—El acomodador de teatro, porque a todas las personas que entran en la sala las deja en el sitio.

Ruiz "Baratilleras".
Huelva.

—¿Y a qué te dedicas ahora?

—Al cine.

—¡Hombre, mi enhorabuena! ¿Y qué papeles representas?

—Reparto prospectos.

Pinfano.—Melilla.

En un coche de primera clase del ferrocarril del Norte.

—¿Diga usted: ¿se puede fumar en este coche?

—No, señor, es de "no fumadores".

—Y entonces, ¿cómo está la alfombra llena de puntas de cigarro?

—Son de fumadores que no han pedido permiso.

El licenciado San Román.

—Para no mentir, hijo mío, hay que tener mucha fuerza de voluntad.

—Mire si tendré fuerza, papá, que al pasar por la vía tropecé con un rail y lo junté con el otro.

L. Sibrana.—Tauima.

Un motorista se disponía a cruzar un pequeño río y le preguntó a un chico:

—Oye, muchacho: ¿sabes tú si cubre mucho este río?

—¡Cá, no! ¡Puede usted pasar tranquilamente!

No había hecho nada más que entrar y tuvo que retroceder, pues si se descuida se ahoga, y dirigiéndose al chico en tono amenazador, le dijo:

—So imbécil, ¿no decías que no cubría?

Y entonces contestó el muchacho:

—¡Mire usted; es que yo no he visto nunca pasar una moto, pero he visto cruzar los patos y no les llegaba nada más que por la mitad de la tripa!...

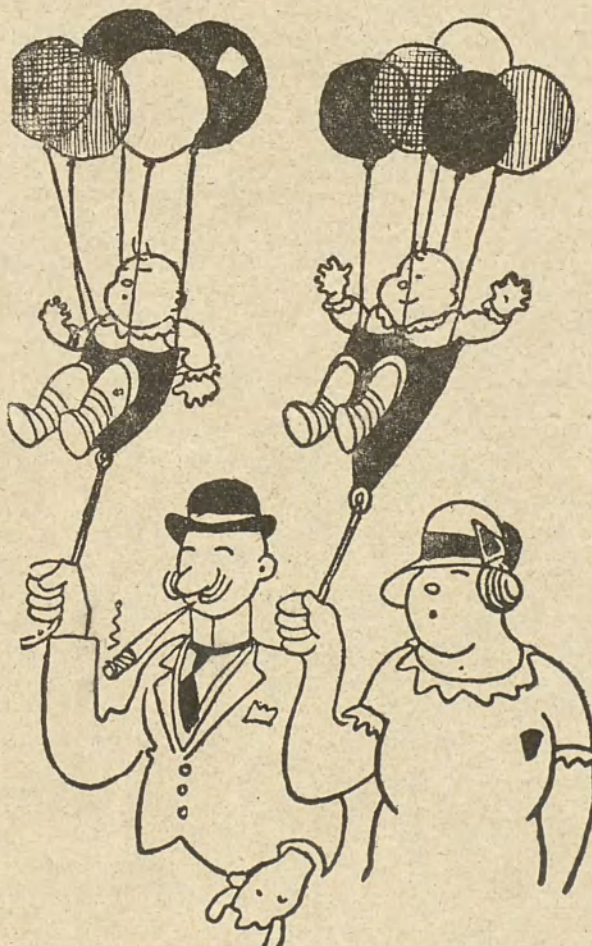
L. Aranda.—Madrid.

LA NUEVA MERCANTIL

Alhajas. Maletas. Mantones de Manila.

Compra-venta.

PLAZA MATUTE, 6 DUPLICADO



Invento práctico para llevar de paseo a los niños.

(De Le Rire.)

Examen de Geometría:

—A ver, señor López, en el triángulo rectángulo, ¿qué son los catetos?

—¿...?

—A ver usted, Pérez, ¿qué son los catetos?

(Pérez distraído).—Los de pueblo.

Juan Bautista Oché.

W. BLANCO

Vinos y cervezas

5, BRAVO MURILLO, 5
No podía faltar en esta reseña esta popular Casa, una de las más conocidas de la barriada por la exquisitez de sus vinos y cervezas.

En un examen de gramática:

—Dígame. ¿Cuántos géneros conoce?

—Tres.

—¿Cuáles son?

—Masculino, femenino y neutro.

—Vamos; póngame un ejemplo.

—El pez, la pez y López.

—¡¡¡Caramba!!!

K. Melitos.

Castellón de la Plana.

—¿En qué se parece un chofer a un hilo telefónico?

—En que los dos son conductores.

Dionisio Duaso.

La Pesa (Asturias).

—¡Hace diez meses que le presté veinticinco pesetas!!
¡¡Deme lo que me debe!!!
¡¡¡Es usted un sinvergüenza!!!

—¡Pero, hombre, no me las pida así! ¡Recuerde que yo se las pedí con mucha amabilidad y en voz baja!

Oscar de Noel.

Ferretería, batería de cocina, cubiertos, jaulas, termos, cuchillos, herramientas, candados y cerraduras de seguridad

Damián Rodríguez Torres
MORTALEZA 28 F INFANTES, 3

—¿Por qué es usted tan aficionado a pintar desnudos?

—Porque me gusta la actualidad; y como las modas femeninas cambian con tanta rapidez, si pinto mujeres vestidas resulta el cuadro antiguo antes de que se seque la pintura.

Carmen Hurtado.

CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR

Biño (Sevilla).

Querido amigo Biño: tanto su *Cuento alemán* como su *Juicio bonito*, nos complacen muy poquito y no se publicarán.

Y crea usted que lo sentimos con una intensidad que casi nos ha puesto enfermos de dolor.

El vate desconocido. (Barcelona).—Ilustre colega: tengo la incomodidad de manifestarle que *El reloj* no ha dado la hora en esta suculta Redacción.

E. P. R. (El Escorial).—Su artículo ha sido aceptado en un momento de maquina benivolencia.

Para camisas a la medida

Madrid-Viena

M. PEÑA

Montera, 41.—Tel. 16602

M. F. P. (Madrid).

Su cuento *Viaje a Suiza* nos ha hecho exclamar: ¡atiza! Y después de la exclamación no ha ocurrido nada que pueda serle a usted agradable, por lo cual renunciamos a contarle lo que ha ocurrido.

Leonardo de Chimborazo. (Puerto de Santa María).—Usted nos parece un cumplido caballero y un colega encantador. Pero su artículo nos parece un mamarracho intolérable.

Gran establecimiento de compra y venta de alhajas, ropas y efectos.

Manuel Enrique Lozano

Bravo Murillo, 4.—MADRID
Sucursal: Bravo Murillo, 89.

Julián (Barcelona).—Sus versos al fútbol, ni fut ni fat. Traducción castellana: que no nos sale de las espaciosas narices el publicarlos.

R. M. P. (Valencia).—¡Lo mismo que el año pasado!... ¡Al cesto y usted dispense!

C. J. M. (Alcalá de Henares).—Ganso, incongruente, un poco sucio y bastante men-

«LA CORUÑA» RESTAURANT

ALCALA, 4, TEL. 14.000
El Restaurant más conocido y popular de Madrid. Excelente servicio. La casa preferida por el público madrileño

tecato. No vemos más cualidades aceptables en su humorístico engendro. Pero con las apuntadas creemos que basta.

P. D. R. (Bilbao).—Su artículo no vale nada. Si acaso, si acaso, y tratándole con mucha benevolencia, podrá valer unos cuarenta céntimos, ¡ni uno más...! Excusado es decir que a ese precio no le conviene a usted publicarlo de ningún modo.

Pedro X. (Madrid).—Es de una latosidad que adormila. Yo, desde que lo he leído, me

estoy cayendo de sueño en todos los sitios blandos que encuentro por ahí.

H. L. S. (Zamora).—¿De manera que el capitán japonés Yumigato, para vencer el dolor que le dominaba, cogió un cuchillo y se abrió su vientre?... ¡¡Jesús!!...

T. M. G. (Jaén).—Además de ser macabro, es más corto que el suspiro de Boabdil. Pasa al cesto, con el consiguiente permiso de usted.

B. G. C. (San Sebastián).—El asunto de su escaso trabajo es de una vejez tan proveya como valetudinaria. Lo hemos leído ya en cuarenta formas distintas. Y en ninguna de las cuarenta nos ha hecho gracia, dicho sea aquí en la más completa y sicalíptica intimidad.

C. V. Q. (Madrid).—Sus dos trabajos han salido para *Cestona* ahora mismo, convenientemente acondicionados para que no vuelvan más por aquí.

Antonio Ripalda de Lesmes. (San Vicente de la Barque-

ra).—No puede utilizarse su poética remesa.

Moreno (Madrid).
Ingenuo amigo Moreno: ¡me alegro de verte bueno!

A. T. R. (Valladolid).
Mi distinguido colega: su artículo es, en efecto, una cosa que no llega ni con mucho a lo perfecto.

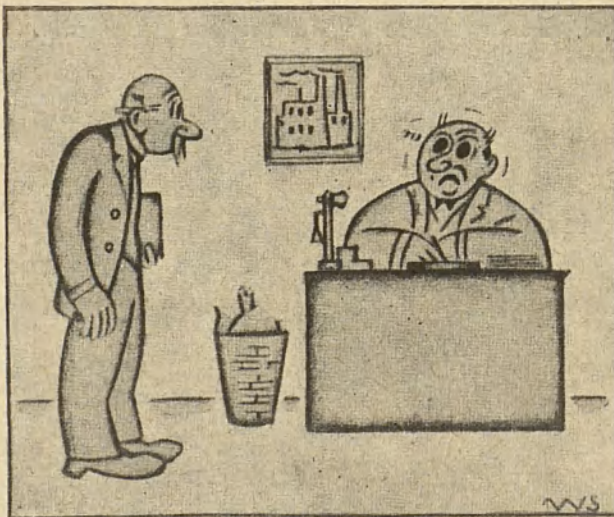
Y, como ya lo adivinaba usted, quiere decirse que el desengaño no será tan funesto como si hubiese confiado mentecatamente en un resultado menos adverso y terrorífico.

Pedro Andión

Almacén de géneros. Terlices y cuties para jergones y colchones. Cuerdas de cáñamo del país y tramillas. Lonas, yutes, lencería, saquerío, etc., etc.

IMPERIAL 8 y 16

Especialidad en Mantas, Toallas, Colchas y Géneros blancos



El empleado.—¿Puede usted darme permiso para faltar mañana?

El jefe.—¿Para qué?

El empleado.—Tengo que suicidarme.

(De Jude.)

Ilustres caballeros dibujantes que han tenido la desgracia de que la inspiración no descienda a las puntas de sus lápices, y nos han obligado a declarar sus obras de arte como merecedoras de una perpetua reclusión en la cavernosa "Cestona".—Peskdor, Chimbo, J. Novell, Carmelo, Emilio Ferrer, Alonso (Madrid), J. Chiva (Valencia), Apellaniz (Vitoria), F. Martínez (Madrid), V. Rodríguez Peluca (Daimiel), Estebita (Madrid), A. G. Girón (Jerez de la Frontera), Dasí (Valencia), Ponce (Madrid), Kim (Barcelona), Chán (Madrid), Diego Muñoz (Albacete), S. Morales (Madrid), Paco (Melilla), Oller Fernández (Madrid), Santacruz (Castellón de la Plana), Evaristo (Alicante), Fidias Orts (Madrid), J. D. S. (Cuenca) y Risueño Peláez (Santa Clara).



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



—Caballero, perdóneme. ¿Cómo está usted pescando sin caña? ¿Algún procedimiento nuevo?

—¡Quiá, no, señor! ¡Es que me la he dejado olvidada en casa!

Ayuntamiento de Madrid

Dib. FUENTE.—Madrid.